

Revista Nacional

REVISTA

COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Bendecida y aprobada por Su Santidad Pío XI
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

Suscripción Mensual

— de —

cuatro números

₡ 1.00

DIRECTORA:
SARA CASALVADA DE QUIRO
Apartado 1239
OFICINA mi casa d.
habitación N° 2730
Teléfono 3707
BARRIO: LA California
Ave. Calles 27-29

AÑO XVI

San José, C. R., Domingo 23 de Marzo 1947

No. 721

OFICINA DE CANJES

SAN JOSE DE COSTA RICA, AMERICA CENTRAL

¡Oh Vida de mi Vida!



¡Oh vida de mi vida, Cristo santo!
¿A dónde voy de tu hermosura huyendo?
¿Cómo es posible que tu rostro ofendo,
Que me mira bañado en sangre y llanto?

A mí mismo me doy, confuso espanto
De ver que me conozco y no me enmiendo,
Ya el ángel de mi guarda está diciendo
Que me avergüence de ofenderte tanto.

Detén con esas manos mis perdidos
Pasos, mi dulce amor; mas ¿de qué suerte
Las pide quien las clava con las tuyas?

¡Ay, Dios! ¿A dónde estaban mis sentidos,
Que las espaldas pude yo volverte,
Mirando en una cruz por mí las tuyas?

Lope de Vega.

La Semana Santa es casi siempre profanada

La Semana Santa debiera ser algo muy sagrado para todos los Católicos que deberían respetar con la mayor reverencia pues en ella se conmemora la muerte del Salvador del Mundo y desgraciadamente para la mayoría es más bien motivo de paseos, de cacerías, de temporada en el puerto a donde las mujeres van a pecar y a hacer pecar a los hombres, bañándose semidesnudas y no comprende una cómo Dios no envía castigos ante tanta impudicia en tiempo que debiera dedicarse a hacer sacrificios, penitencias y oración por la salvación del mundo que se hunde en el pecado.

Días santos, de oración y de luto que hace dos mil años conmemoran la sublime tragedia del Calvario. La muerte de un Dios hecho hombre por salvarnos. Misterio insomniable, de un Dios muriendo por amor...

Pasan los años y para los creyentes se repite la conmemoración de tan sublime tragedia, y siempre es igual el profundo dolor, y se recuerda la Vía dolorosa con intenso anonadamiento ante el sacrificio que hizo el más humilde, el más amoroso, el más Santo de todos los hombres porque era un Dios el que se ofrecía a su Eterno Padre por la Redención del Género Humano.

La Muerte de Cristo marca el punto culminante de la vida de la humanidad. La Cruz es como la bandera de luz, de salvación, de Amor, de Fraternidad enhiesta en la cumbre del Calvario, y tras de la cual se

hunden las edades pasadas, han desaparecido imperios, vacilado y muerto civilizaciones y de todo ello sólo queda un recuerdo que no impresiona.

Siguen los años en su velóz carrera, y la Cruz del Calvario sigue marcando a la humanidad el camino de la Verdad y la Vida a aquellos que se cobijan bajo esa bandera que hace dos mil años flamea llena de amor de Jesús quien la empapó con su Sangre Divina para redimirnos y salvarnos.

De desear es que en esta Semana Santa nos recojamos y pensemos que es un tiempo que debemos respetar, hacer sacrificios, orar y pedir perdón por nuestros pecados y no dedicarlo a ofender más a Dios.

Estamos en una época de tremendos castigos, guerras, enfermedades, epidemias; nunca como ahora se halla la humanidad tan llena de dolencias inconocidas y tan violentas que claramente se ve que la justicia divina está indignada, no contribuyamos con nuestras faltas, con nuestra indiferencia a aumentar la ira Divina.

Recojámonos y oremos y sigamos todas las procesiones con profundo respeto como si verdaderamente estuviéramos acompañando a Jesús en su Vía dolorosa y estamos seguros que Nuestro Señor y su Madre Santísima levantarán los castigos merecidos y nos enviarán sus bendiciones.

Sara Casal Vda. de Quirós.

La Dolorosa del Colegio, Patrona nacional de Ecuador

Además de los alumnos internos también presenciaron el maravilloso prodigio verificado el 20 de Abril de 1906, el Padre Prefecto y el Hermano Coadjutor llamado Luis Alberdi, ya difunto y muy conocido de todo Quito cuyas declaraciones son las siguientes:

Dice el P. Andrés Roesch: "Ya cerca de acabarse la cena de los alumnos, a las 8 p. m., entré en el comedor y contra la costumbre establecida, y sin casi darme cuenta de ello, dí "Deo gratias" a los niños con gran sorpresa de ellos, conté en varias de

las mesas lo ocurrido en San Francisco de California. Esto le dió margen a los niños que ocupaban la primera mesa (los que el Jueves Santo habían hecho su primera comunión) para hacer reflexiones sobre el caso y entablar conversación acerca de la Virgen Santísima, uno de ellos Jaime Chaves, alzó los ojos hacia una oleografía de la Virgen de Dolores, colgada en la pared a un metro y medio de distancia.

"Con asombro vió que cerraba los ojos; lleno de espanto se tapó la vista con la mano y avisó a su vecino Carlos Hermann, quien notó de igual modo la maravilla; fuera de sí se arrodillaron entre la mesa y la banca y rezaron un Padrenuestro y Avemaría. Enseguida llamaron a otro y a otro, hasta que con gran empeño fué uno de ellos a instarme a que fuera a ver lo que sucedía. En un principio rechacé al que me llamaba diciéndole que se dejara de dislates, porque me parecía ilusión de los niños; pero al fin instado y llamado por todos los que estaban presenciando el prodigio, me dirigí a la mesa que se encuentra más cerca de la imagen, con la resolución formada de desvanecer la idea. Me cercioré con mucho empeño de que las lámparas eléctricas no se movían, o si algún rayo se reflejaba en la efigie; nada de esto aparecía.

"Puesto enfrente de la imagen rodeado de los niños, clavé en ella los ojos, sin pestañear, y noté que cerraba la Virgen Santísima los párpados con lentitud; pero no cre-

yendo aunque fuera cierto, me aparté del lugar; viendo lo cual el Hermano Alberdi, que se hallaba más cerca que yo, me dijo extrañado de lo que hacía, "Pero, Padre, si esto es un prodigio; sí, esto es un prodigio"... Volví de nuevo al puesto que ocupaba al principio; entonces sentí un frío que me helaba el cuerpo, viendo sin poder dudar, que la imagen cerraba efectivamente y abría los ojos. Cuando esto sucedía todos los niños que presenciaban el hecho clamaban a una sola voz: "ahora cierra; ahora abre; ahora el izquierdo"; pero es de notar que a veces cerraba el ojo izquierdo solamente, o a lo menos con más claridad que el derecho, pues parecía más cerrado. El hecho se repitió varias veces y duró como quince minutos más o menos. Cesó cuando viendo que era ya muy tarde para la oración de la noche, y temiendo siempre llamar la atención, dí para los alumnos la señal de retirarse; lo cual hicieron ellos muy a pesar suyo, pues querían arrodillarse y rezar; rehusé toda manifestación ruidosa para no alborotar, pues me parecía que si el hecho era maravilloso no faltaban testigos para comprobarlo. En un principio, si creí que era ilusión, y después de haber visto me retiré sin dar crédito todavía; instado de nuevo por el Hermano regresé, y me constó el parpadeo con tanto claridad, que me dió la sensación de calofrío, y permanezco en esta convicción".

Continuará.

BETTINA DE HOLST HIJOS

le ofrecen: Pañuelos grandes de nylon, estampados

Hilos de toda clase para bordar Tapetes, Manteles y otras labores estampadas para bordar. Gran surtido de lanas de tejer.

CONSIGANOS SUSCRITORES

A la Virgen Dolorosa

Por los que sufren



Permíteme que llegue, Virgen pura,
Junto a esa cruz ante la que ha tres horas
Triste, afligida, inconsolable lloras
Sin encontrar consuelo a tu amargura.

Quiero, postrado ante tus pies de hinojos,
Contemplar tu dolor y tu quebranto,
Y con las gotas de tu acerbo llanto
Mezclar también el llanto de mis ojos.

Pues nunca puedo comprender mejor,
Por qué sólo a llamarte Madre acierto,
Que al ver unido ante el cadáver yerto
De Jesús, mi dolor a tu dolor.

Entonces sé el por qué de esa confianza,
Con que mil veces a tu amparo acudo,
Y por qué en mi oración no temo o dudo,
Que salga confundida mi esperanza|

Entonces, al mirar en tu alba frente
La huella del pesar hondo e indecible,
Entiendo más y más que es imposible
Que mires al que sufre, indiferente.

Madre mía, tú sabes,
Que hay seres en el mundo cuya vida
Una cadena es nunca interrumpida
Que anlaza con el llanto la aflicción.

Como en morada propia

En ellos el dolor vive de asiento,
Y, tirano y verdugo, no hay momento
En que no les desgarre el corazón.

Quizá tras la abundancia
Avaros años de escasez llegaron;
Los padres y los hijos se miraron
Y aprendieron entonces a llorar.

Y oculta hoy la pobreza
Bajo su túnica harapienta y rota
El hambre y la miseria, y gota a gota
Amargura destila en ese hogar.

Acaso un ser querido
Tras larga enfermedad en su agonía
Al fin cedió a la muerte, y la alegría
De su casa llevóse en su ataúd:

O un ángel de la tierra,
Que para el triste es fuente de ternura,
Que sufre con la ajena desventura,
Recibe por amor ingratitud.

Quizás sienta el que llora
Furiosa tempestad rugir en su alma;
Ansioso busca la perdida calma
Y la calma parece siempre huír:

O es un dolor oculto
El que anida en un alma, solitario,
En un alma que sube hacia el calvario
Pero que sólo Dios la ve subir,

No es su dolor la pena
Que en la faz del que sufre se retrata;
Pero es tormento que lo mismo mata
Aun cuando excita menos compasión:

No es la mortal angustia
Que en torrentes de llanto se desborda;
Pero es dolor que como lima sorda
Lentamente corroe el corazón.

Mas... son tantas las penas
Que afligen, Madre, al corazón humano,
Que el tratar de contarlas fuera en vano
E inútil en contártelas a tí.

Tú sabes cuántos sufren
De los mortales que en el suelo moran,

Cuáles las penas porque tristes lloran
Y en vano intentan alejar de sí.

Por esas almas mi oración dirijo
A tí que sabes de pesar y duelo,
A tí que en el tormento ves a tu Hijo
Y lloras afligida y sin consuelo;

Que has sentido el rigor de la pobreza
Y sabes cuán profunda es esa herida
Que abre la ingratitud, y la tristeza
Que al luto y la orfandad va siempre unida.

Seca ese llanto, ahoga ese gemido
Que brota a impulsos del dolor humano...
Madre y Señora, ¿ves?... mucho han sufrido;

Reciban ya el consuelo de tu mano.

Mas si quiere el Señor que el sufrimiento
De alguno de esos seres vida sea,
Que la paz y el descanso y el contento
Huir siempre de si con pena vea,

Que como mártir generoso y fuerte
Le ofrezca el corazón hecho pedazos,
Que viva en el Calvario hasta la muerte
Y muera de la cruz sobre los brazos;

Jamás permitas que cual nube densa
Le impida ver y oculte el desconsuelo,
Que es muy grande la eterna recompensa
Cuando con lágrimas se compra el cielo.

Fernando O. Ambía, S. J.

Jesús, luminoso símbolo

Por Ovidio Fernández Ríos

Jesús no ha muerto!

Y no podrá morir nunca porque, guía de hombres, sobrevivirá a las edades y a los siglos, porque sobre su esencia inmortal de luminoso símbolo se construyó un mundo; porque es el espíritu mismo de la vida; equilibrio de la armonía suma; porque esa misma razón es concepto; raíz profunda en la moral, en el sacrificio y en la sabiduría; razón que es expresión pura del pensamiento, y fundamentalmente, necesidad sustancial, permanentemente impostergradable en la conciencia humana.

¡Jesús no ha muerto!

Y no podrá morir jamás, porque en la integral transfiguración de su ser, Jesús es también luminoso símbolo del Amor, el amor filtrado por el tamiz de todas las purezas; el amor sobre el que también se asienta el espíritu fecundo de la vida: el amor humano; el amor que es fuente de virtud, cuna de belleza, sentido de justicia, fruto santificado de bondad y de generoso desprendimiento, música excelsa e iluminado reino del corazón donde florecen los altos ideales y las benditas esperanzas. Amor humano; sagrada armonía sentimental entre los hombres, que a veces por fragilidad de



su condición se rompe, como en la tremenda hora actual; armonía deshecha a veces por el incontenible torbellino de pasiones ancestrales; a veces desgajada por huracanes que tienen aliento de Apocalipsis; a veces despedazadas por el genio instructor de trágicos anticristos, pero que sobre la misma muerte y el dolor volverá otra vez

a surgir la unidad reconstruída; unidad florecida de paz, cuajada de milagrosos augurios, y la fraternidad humana consagrada otra vez a la armonía de la vida, porque Jesús no ha muerto, porque es símbolo luminoso e inmortal sobre el que la Razón y el Amor reconstruirán un mundo redimido.

¡Jesús no ha muerto! Por encima del metafísico complejo de Dios y Hombres, para nuestra limitada percepción, es símbolo de todo lo que puede ser grandeza y majestad humana en su armonía con la misma creación. Símbolo de pureza como la claridad de las albas, y como esa misma virgen claridad, símbolo de la luz, de amanecimientos, luz deslumbrante como un rompimiento de soles iluminando infinitos y anunciando el nuevo día abierto a todos los dones gloriosos de la naturaleza. Símbolo de dulzura como la pura miel de las flores; sím-

bolo de blancura como las nieves impolutas de las cumbres y símbolo de serenidad Augusta como los altos cielos en las noches dormidas de sueño azul y maravillada de astros.

Y Jesús no ha muerto porque es como el sagrado antifonario de todas las esperanzas; el muro espiritual para todos los desfallecimientos; escala de plegarias, cita de súplicas, espejo de sacrificio, vaso de consuelo, y en asombroso mito, urna de tan pura y clarificada transparencia que sólo pudo haber sido hecha por Dios para guardar en ella la conciencia del mundo. Y mientras exista un hombre sobre la tierra, sobrevivirá Jesús para filtrar su espíritu luminoso en la armonía inmortal del universo, y para fundir su voz — inmenso himno de amor — en los bronces sonoros de la eternidad!

¿Qué necesidades llena el Seguro de Vida?

Su familia debe seguir haciéndole frente a las exigencias de la vida, aun cuando Ud. falte. Los suyos necesitarán siempre:

- * ALIMENTACION ADECUADA ;
- * VESTIDO APROPIADO;
- * CASA CONFORTABLE
- * ATENCION MEDICA;
- * EDUCACION DE LOS NIÑOS

La póliza ordinaria de vida se adapta al hombre que desea proteger a su familia apartando una pequeña cantidad de sus entradas, ya que las primas que se deben pagar al Banco son muy bajas.

La póliza ordinaria de vida goza de dividendos anuales que pueden cobrarse en efectivo o acumularse al monto del seguro, y ofrece muchos otros beneficios.

Llame al teléfono 5800 o escriba a la Sección de Ventas y con gusto ampliaremos los informes y estudiaremos su caso particular.

¡Tenemos un plan de seguro para cada persona!

BANCO NACIONAL DE SEGUROS Fundado en 1924

¡Alabado, adorado, amado, sea el Corazón Eucarístico de Jesús,
en todos los instantes, en todos los tabernáculos!

NOVELA

—No, querida: por el momento, lady Harwing no puede alegar respecto de ti mayores derechos que los míos, puesto que ignoramos el puesto legal que ocupas en nuestra familia. Tú eres muy dueña y muy libre de quedarte con ella o conmigo. Pero comprenderás que tampoco hay manera decorosa de rehusar la vehemente invitación de María Teresa (una invitación que es preciso aceptar para librarla a ella de los comentarios de los maldicientes que ya le acusan de haberte abandonado sin compasión). Esto no puede hacerse sin decirle a María Teresa toda la verdad acerca de tu pequeña novela con su hijo.

—¡Por Dios, tía Carlota!— se alborotó Sol.

—No, mujer, no. Ni pensarlo. Eso no le importa a María Teresa... y precisamente porque no lo sabe, y porque él no está en Harwing-Castle, ni estará en algún tiempo, podemos, debemos decidirnos a pasar las Navidades en Escocia... ¿Qué excusa admisible ibas a darle a lady Harwing y a la gente para rehusar una invitación que tanto te honra?

—Es verdad... — concedió aplanada la pobre Sol.

Tenía escalofríos frecuentes y le pesaba la cabeza como si fuera de plomo.

—Veo que no te entregas del todo en los brazos de la Providencia, Sol y haces muy mal. Nunca el orgullo ni la inexperiencia fueron buenos consejeros. Créeme: haz examen de conciencia esta noche, ve mañana a confesarte a la ermita y cuando hayas comulgado, dile al Señor lo que le decía aquel pobre que cuenta el P. Coloma: "Señor... aquí está Juan"... "Señor, aquí está Sol". ¿Comprendes?

—Sí, tía...

—Y no te preocupes de nada más, ya que correrá el Señor con ello.

La generala atrajo a Sol hacia sí, la besó afectuosamente... y llamó a Teresa

—¿Sabes la novedad, Teresa?

—No sé nada Condesa — respondió la doncella sin alterarse.

—Que nos vamos a París el jueves.

—Está bien, señora, ¿Tendré que preparar todo el equipaje o sólo las maletas.

—Todo, Teresa: porque de París, donde estaremos una quincena para equiparnos convenientemente, iremos a Escocia a pasar las fiestas de Navidad y Reyes. Y, naturalmente, ya no volveremos aquí.

—Muy bien, señora — tornó a repetir Teresa con la misma tranquilidad que si le hubiesen hablado de ir a la casa vecina.

Tan acostumbrada estaba ya la mujer al vértigo de los viajes que solía apoderarse en determinadas épocas de la generala Márquez, a cuyo servicio llevaba sus buenos veinte años.

A la mañana siguiente, todo el vecindario de La Rocosa acudió a la misa de ocho que celebraba invariablemente todos los días festivos el señor Cura de Barqueros. Lady Harwing estaba invitada a almorzar y Rosenda, ayudada por Teresa, preparaba sus mejores manjares en la amplia cocina. La generala contempló a Sol, que volvía cabizbaja de la playa con un libro bajo el brazo.

—¿Qué? ¿Has hecho lo que yo te dije? ¿Te has confiado al Señor en la Comunión como una buena hija? — interrogó la dama.

—Sí, tía. Estoy dispuesta a ver en las manos de Dios, como una florecilla en alas del viento, Iré o vendré a Su Voluntad. Pero de todas maneras, aun no estoy hecha a la idea de verme en la casa de "él". ¿Usted comprende lo que eso significa para mí? Estoy... ¿cómo explicarlo...? estoy atarantada, asustada. Tengo miedo. ¿No le parece a usted que es una grande locura lo que vamos a hacer?

—Mira, mira, Sol... por amor de Dios, no me des disgustos — exclamó en tono plañidero la generala. — ¡Parece mentira, mujer, parece mentira que pienses esas tonterías y que después de pensarlas me las digas a mí, sabiendo como sabes lo delicadísima que estoy del corazón!

—¡Ay!, tía, tía, no! Yo no sabía nada...

—añadió Sol muy atribulada.

—Pues sí, hija, sí, delicadísima... ¿Por

qué viaje yo tanto, vamos a ver, y por qué procuro evitar toda clase de contrariedades y emociones, sino porque los médicos me han dicho en todos los tonos que si no me cuido voy a estirar la patita cualquier día?

—¡Ay, tía, por la Virgen!

—Para que tú vengas con un disgustazo tan enorme y andes de discusión conmigo a toda hora... Con lo malucho que tengo yo este corazón...

Y la... astuta generala ponía cara de circunstancias haciendo creer a Sol en aquella enfermedad que no existía, como un medio seguro de conducirla sin réplica hacia sus planes. La generala conocía el carácter enérgico, terco y un poco levantisco de Soledad y sabía que las discusiones serían enojosas si no lograba imponerse. Y como en todos los trances difíciles, echó mano de sus recursos heroicos. Tenía un corazón sano y fuerte como correspondía a una naturaleza robusta cual la suya, pero no dudaba, en casos como el presente, y para cortar discusiones fastidiosas, en declarar que estaba muriéndose de cardiopatía. Sol, muy asustada, apresuróse a entregarse con armas y bagajes.

—No, por mí no, tía Carlota. Yo no quiero que usted tenga disgustos, no lo permita Dios. ¿Quiere usted que vayamos a Escocia? Como si quisiera usted que fuéramos a Las Molucas. Donde usted mande, como usted disponga.

—Pero... ¿contenta y tranquila? — insistió doña Carlota, fingiendo volver en sí de un repentino desfallecimiento.

—Sí, tía, sí: contenta y tranquila... — aseguró Sol después de una leve vacilación.

Esta fué la última vez que volvió a tratarse entre ambas del viaje a Escocia como no fuese para ultimar pormenores y ponerse de acuerdo en ciertos interesantes puntos. Y una mañana vino un *auto* de Santander. Sol se despidió de Nando, de Doro, de Pedruco, del mar, de la playa de guijo y de Rosenda... ¿por qué dolían tanto las despedidas?

El día anterior había mandado celebrar una misa en la ermita del Santísimo Cristo y después de comulgar hábale pedido con hondo fervor que pusiera su santa mano en lo por-

venir; en todo aquello que la amedrentaba, que le daba miedo, que ponía sensaciones de irreprimible angustia en su corazón... Antes de subir al *auto*, lady Harwing, que había acudido a despedirlas, la besó y la estrechó con cariño sobre su corazón, largamente, intensamente... No le dijo nada, pero aquellos besos tan de madre, dados por los mismos labios que besaron la frente de Freddy tantas veces, de niño de hombre, fueron para Sol, más que un adiós triste y melancólico, un mensaje gozoso que abría la puerta a las esperanzas de una nueva vida...

Y bajo el encanto de esta suave caricia maternal partió Sol hacia lo desconocido.

XVII

El tren se detuvo resoplando, con un frenazo violento, ante la pequeña estación campesina. Ya, al asomar la cabeza por la ventanilla, Sol había advertido en el desierto andén a un majestuoso personal que sin vacilaciones de ninguna clase acudió a abrir la portezuela del *sleeping* en el cual habían viajado toda la noche.

La generala se apeó y con Soledad recibió el respetuoso mensaje que la transmitió en nombre de la castellana del histórico dominio de Harwing, el ceremonioso y grave personaje que no era otro sino el mayordomo del castillo, Jim Simpson: un escocés de pura cepa que se sentía adherida la eximia estirpe de los Harwing, de tal modo, que hacía propias las gloriosas tradiciones y los timbres de grandeza de sus señores. Por él supieron que lady Harwing había enviado a la estación un automóvil para la servidumbre y el equipaje de ambas viajeras y su carruaje con cuatro jaquitas blancas, mansas y bien domadas, por si la señorita Sol tenía gusto en guiarlas ella misma. Con la marcha más moderada del coche, las señoras podrían admirar mejor el paisaje...

Aunque el mayordomo hablaba con marcado acento escocés, la generala y Sol le entendieron perfectamente. A la otra parte de la pequeña estación, en efecto estaba un buen automóvil cerrado y el carrujito tirado por cuatro briosas jaquitas blancas primorosamente

enjaezadas. Sol no pudo resistir el deseo de exatinar por sí misma los arneses y los correajes. Los ojos le brillaban de placer al solo pensamiento de guiar aquel maravilloso tronco de caballitos de juguete que estiraban nerviosamente el cuello y alargaban los húmedos beltos en solicitud de una caricia. El deporte del caballo en todas formas fué uno de los que prefirió siempre el duque de Olarriaga para su ahijada y Sol se entregó a él desde el primer día con entusiasmo. Abierta la portezuela del carruaje, e instalada en él doña Carlota, esperó pacientemente a que Sol terminase su examen y tomase asiento a su lado; pero se sintió sinceramente asustada al ver a la joven acomodarse tranquilamente junto al imponente cochero.

—¡Sol, por amor de Dios! Supongo que no harás el disparate de guiar esas bestias fogosas — exclamó grandemente alarmada—. A pesar de todo lo que diga ese buen hombre, yo no las creo mansas, ni mucho menos. ¿Es que no te das cuenta de que son nerviosas como diablos?

Pero Sol no la oía; embriagada por el goce prohibido había tomado los guantes de guiar que lady Harwing puso para ella en la bolsa del coche, recibió de manos del cochero las riendas y la fusta y con un leve movimiento de sus finos dedos transmitido hasta la boca de las bestias por la charolada rienda, las bien educadas jaquitas arrancaron al trote, firmes y seguras, como si toda la vida hubiesen conocido la manecita que las guiaba. La generala, entretanto, se encomendaba al Patrono de su especial devoción, no muy segura de que coche y caballitos no fuesen a parar, a un movimiento mal calculado de la mano de la conductora, sobre la cuneta de la carretera.

Momentos después, el *auto* les pasó delante y se perdió en la sinuosa lontananza del camino entre estelas de hojarasca levantadas por el viento. También la generala pensó en Teresa, a quien los automóviles, si corrían mucho, causaban un verdadero horror. ¡Pobre Teresa!, ¡cómo apretaría el maletín entre sus brazos! ... Era el movimiento habitual en ella cuando la invadía el pánico; pero una vez se perdió la estela de hojarasca en la atmós-

fera como frágil voluta, doña Carlota fijó en el paisaje toda su atención, vivamente solicitada por la austera hermosura de la naturaleza. Desde la pequeña estación del minúsculo pueblecito escocés hasta el dominio de los Harwing se atravesaban unas cuantas millas de terreno sin ver un rastro de viviendas por parte alguna. El paisaje era monstruoso y en las cimas azuladas de los altos montes se espolvoreaba la nieve del reciente temporal que no alcanzó a los llanos, ni a los valles. La mañana era gris y un vientecillo Norte cortaba la cara. Doña Carlota se apretó bien contra las piernas el magnífico *plaid* escocés forrado de piel de leopardo que lady Harwing mandara prepararle, y se dijo, al colocar los pies sobre el calorífero, que el mes de diciembre es igualmente desagradable en todos los países y que todas las muchachas son locas a los veinte años. . . ¿No podía Sol haber declinado la invitación y en lugar de ponerse a guiar aquellos caballitos que corrían como centellas condenándola a ella a la tortura de viajar en el desabrido carruaje, haberse instalado razonable y confortablemente en la cerrada *limousine* que ocupan Teresa y la doncella francesa de Sol? Pero nuevamente la grandiosa belleza del paisaje volvió a cautivarla.

Grandes bosques de pinos poblaban las laderas de las montañas y la carretera incansable, reptadora, cortaba kilómetros de brezales en valles hondos y en tierras abiertas a la vista del mar. Los característicos brezales del campo escocés que en la primavera dan su maravillosa cosecha de flores blancas y rosadas se envolverían entonces en el pardo color de sus hojas viejas y ateridas. Todo aquello era ya el dominio de los Harwing. A las dos horas de camino, éste pareció acercarse al mar, porque, aunque no lo vieron, oculto tras una ondulación del terreno arenoso percibieron su beso salado y húmedo con el acre olor peculiar de algas y de mariscos. Cruzaron un río espantando a una manada de gamos que pacían tranquilamente entre la maleza y, después de subir una pronunciada cuesta, fueron señores y dueños del panorama nuevo y definitivo. Estaban sobre una gran meseta cuyo declive suave y ondulado iba en

busca del mar festoneado por una costa árida y bravía, en pleno dominio de los corvejones y las gaviotas. La meseta era inmensa y estaba como encerrada en una herradura amplísima de montañas nevadas todas, todas de espeso bosque. Este mismo bosque circundaba el castillo de Harwing, grandiosa e imponente fábrica, aun indefinida a los ojos de ambas viajeras. La boca de la herradura de montañas miraba hacia el mar y entre éste y dicha boca seguía a lo largo de la áspera costa la vieja carretera a buscar no sabemos qué pueblos aislados y desconocidos de aquel legendario y austero país de Escocia. Pero mucho antes de lanzarse el camino en línea paralela a la costa las blancas, jaquitas tomaron por sí mismas una carretera asfaltada que en su bifurcación con el viejo camino rural tenía un poste indicado con estas dos únicas palabras: "Harwing-Castle".

A los cinco minutos de lanzarse por este nuevo derrotero, surgió ante las minúsculas jacas un fuerte murallón de piedra alto e infranqueable y una magnífica puerta de hierro forjado, ante la cual se detuvieron los animales merced a la costumbre. El imponente cochero dió una voz; al oír la cual, las jaquitas empinaron las orejas nerviosamente resoplando con impaciencia. Rápidamente, el conserje salió de entre la espesura abriendo de par en par la gran puerta blasonada. Las jacas arrancaron veloces. Junto a la pared del parque estaba el *Lodge*, donde vivía el servidor encargado de la puerta, y de allí a Harwing-Castle aun tardaron las jaquitas una media hora larga andando en línea recta hacia el castillo, atravesando el compacto bosque de pinos, robles, alerces y otros árboles venerables poblado de conejos, faisanes, ciervos, perdices y otros animales de caza.

Más cerca ya del castillo que aún no se veía entre la arboleda, había una nueva cerca de granito con linda verja calada, la cual daba acceso al jardín, en el que se conservaban algunos crisantemos y algunas rosas. Y después del jardín, tres terrazas sucesivas con sendas balaustradas de mármol y suaves

graderías de una a otra hasta subir por completo a la plataforma de abedules y robles, se asentaba el castillo con sus innúmeras dependencias. El puente levadizo y los fosos fueron cegados para ser sustituidos por la terraza última... Las jaquitas, obediendo a su instinto y a la costumbre, no pararon ante la fachada principal, sino que describiendo una curva y siguiendo la balaustrada de la terraza inferior fueron a buscar la entrada posterior, entrándose resueltamente bajo un pasadizo abovedado, (restos de una antigua fortificación medioeval) y subiendo por una suave rampa enarenada hasta un anchuroso patio de armas, ellas mismas paráronse ante la prócer escalera de piedra fronteriza a la entrada mayor del castillo. Lady Harwing aguardábalas al pie mismo del último escalón, donde recibió a Sol en sus brazos cuando con un salto ágil descendió del carruaje.

—¿Ha ido bien el viaje? Te he mandado mis jaquitas porque sabía que te gustaría guiarlas: espero se hayan portado bien.

—¡Mravillosamente! —exclamó Sol, desbordándole aún el gozo de aquellas horas de ejercicio, de aire libre, de deslumbramiento ante la novedad del paisaje desconocido—. Aunque tía Carlota ha pasado un mal rato, ¿sabe usted? ¡Les tenía miedo a las jaquitas!

Y la risa de Sol vibraba retozona y alegre, conmoviendo un poco a la generala. ¡Alabado sea Dios! Después de tanto tiempo viéndola morriñosa y triste.

Entretanto, doña Carlota, con ayuda de otros dos estirados y graves personajes, se desembrasaba de su *plaid* y bajaba con mil precauciones del alto carruaje para abrazar cordialmente a María Teresa.

—¿Es posible, Carlota, que hayas tenido miedo? ¡Si mis pobres jacas son mansas como corderos! —rió también lady Harwing—. Oiga, Dicky: haga el favor de llevar todo esto a la habitación de la señora Condesa. El salón Malva, ¿oye?

—Sí, milady.

(Continuará)

El Nazareno de San Pablo

A mi hermano en el Sacerdocio y amigo, Pbro. Hortensio A. Carrillo, Cura Párroco de Santa Teresa de Caracas.

Lo llevaba, hecho sueño, en la mente;
lo llevaba, hecho vida, en el alma;
lo llevaba, hecho fuego, en la sangre;
lo llevaba en su misma substancia;
y en todas las partes
el Artista veía su estampa!...

¡Lo mismo que aquella,
celestial y trágica,
de tiempos remotos,
de edad ya lejana,
pero tan metida
dentro de la entraña
del pueblo cristiano
que arde en nuestros pechos lo mismo que un
ascua!...

II

JESUS NAZARENO

revestido con veste morada,
aquel Dios que un día
las turbas arrastran
camino del Moria
con sólo un delito: su Inocencia, intacta!...
el del paso cargado de angustias;
el de las pupilas, urgidadas de lástima;
el de los cordeles, cruzados al cuello;
el del Leño al hombro, deshecho de espaldas;
exangüe y sin fuerzas,
con señales trágicas
de agonía próxima,
de muerte que asoma no a mucha

distancia!...

el que habla palabras de amor a unas

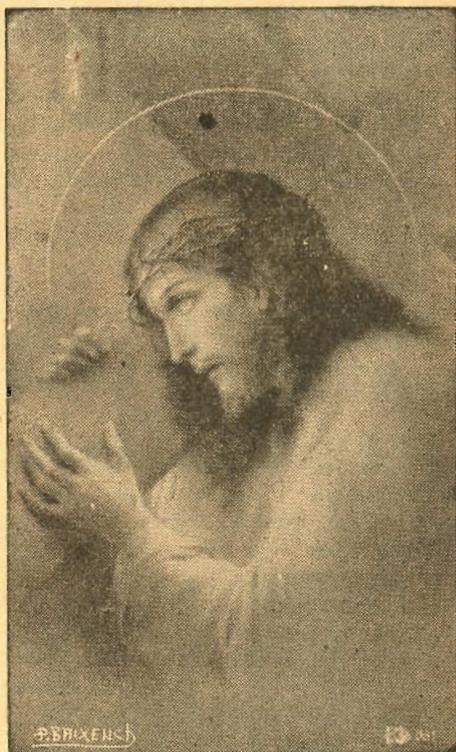
madres;

el que en un sudario su Faz hace estampa;
el que no se queja cuando lo atropellan;
el que, de fatiga, despliega sus labios, pero sin
palabras!....

el que, puesto en medio de dos malhechores,
como peor que ellos, prosigue su marcha...
ese es el Modelo
que el Artista quiere copiar en Caracas!

III

Ha vivido el ambiente cristiano
de su ilustre ciudad, tan cristianal
y quiere esculpirlo
en madera que nunca se gasta;
y quiere dejarlo como un monumento,
igual que si fuese un cofre o un arca,
con el habla de todos los siglos;
con puñados de ardientes plegarias;
con el peso de toda la historia;



con el tinte de todas las casas;
con la curva de todas las calles;
con el gesto de todas las caras,
con el beso de todos los labios;
con la Fe sencilla de todas las almas!...
Su ciudad ilustre
quiere hacerle estampa
y luego esculpirla
en madera más dura que el hacha,
y hacer con la efigie como un gran espejo
para que se miren los dos, cara a cara,
el buen NAZARENO
y su noble ciudad de CARACAS!...

IV

Un día, en buena hora,
muy de madrugada,
se signa el Artista, toma la herramienta
y empieza su hazaña!...
Desbroza de un leño
la tosca envoltura; después le sonsaca,
una en pos de otra, vetas y más vetas,
como si quisiera buscarle la entraña!...

La madera rechaza los golpes
y el Artista siente cansancio y...

¡descansa!

Y así van pasando semanas enteras
de esfuerzo inaudito, de duras batallas...
Contra la aspereza, que parece indómita,
su martillo el Artista descarga...
Poco a poco se van perfilando
los contornos en forma de estatua!...
Tiene, exactas, las mismas medidas
de cualquiera copia de figura humana...
Pero no es el cuerpo,
ni es tampoco el valor de la talla
muscular, la que busca el Artista:
lo que él quiere es que le hable la estatua!

V

Lo ha tallado encorvado de cuerpo,
roto de sus carnes, sagrante del espaldas;
y por envoltorio le ha dado el desnudo
en sus bellas plantas!...

Por fin el Artista
le ha abierto, de un golpe, a la estatua
los labios... ¡Sorpresa,
jamás, nunca vista,
en toda la historia del arte! ... en la sala
resuenan, precisas,

dichas, poco a poco, ocho o diez palabras
que salen por entre las vetas del leño
y quedan sonando, por un breve tiempo,
en la estancia...

—“¿DONDE ME MIRASTE, QUE TAN
BIEN ME HAS HECHO”?...

le ha dicho al Artista Cristo, el de la
estatua!...

Y ha sido tan grande, tan grande el asombro
que, casi al instante, resonó en la sala
un ruido muy sordo, muy seco, muy
extraño!...

¿Qué es lo que sucede? ... Oid lo que
pasa:

El drama de Cristo se trocó en tragedia;
se vistió de lutos la bella Caracas;
y en capilla ardiente están, en la Iglesia,
el Artista muerto y el Cristo, hecho
estatua...

El buen NAZARENO, con dulzura inmensa
descuelga hacia el féretro sus tiernas
miradas...

Ellos, están serios;
ellas, rezan y hablan!...

Y desde aquel día
se cuenta en Caracas
la leyenda misma

que ahora recordamos, con piedad
sagrada!...

¡Oh, cómo impresiona JESUS NAZARENO
esculpido en madera y sin habla!

El Artista quiere trazarle el semblante...
le ponen en las sienes un cerco de zarzas;
le mancha su rostro con polvo y salivas;
le pone en los ojos montones de lágrimas
que nunca descuelgan sus irisaciones
del buen NAZARENO por la hundida cara,
para que no sepan quienes lo contemplan
si mueve a tristezas, o brinda esperanzas,
que sea el secreto de todos los siglos
si es Cristo quien llora, o llora Caracas!...

VI

¡El drama bendito
que el MIERCOLES SANTO por la calle
avanza!

el sagrado Prólogo del gran Parasceve
que todos los años escribe Caracas,
con su NAZARENO, dicho de SAN PABLO
que, después de verse trocado en estampa,
se llevó al Artista
para que el secreto no nos revelara!...

VII

¡Ay! EL NAZARENO
que tiene Caracas,
no es sólo una imagen,
tallada en madera que nunca se acaba;
es la misma vida
de la urbe cristiana!...

En cada vestido se vé un nazareno;
en cada pupila se asoma una lágrima;
y en cada conciencia
hay toda una carga
de angustias y llantos,
de piedad, devoción y plegarias!...

¡Oh, el buen NAZARENO
de San Pablo que a todos nos habla,
mejor que al Artista
que esculpiera en madera su estatua!...

Por ahí viene ya el MIERCOLES SANTO;
ya se abren las puertas de todas las casas;
ya rezan los labios:
ya huele a tomillo bendito y a hierba
sagrada,
que en la puerta del templo vocean
los tantos buhoneros de esta fecha santa!...

¡Bendita la urbe
que, como Caracas,
tiene puesta su Fe en Jesucristo,
el buen NAZARENO de veste morada!...

Fray Angel Sáenz, A. R.

La Semana Santa en Jerusalén

Con la proximidad de las festividades pascuales Jerusalén cambia de carácter y de aspecto. Cismáticos y ortodoxos, católicos y protestantes, coptos y abisinios, todas las sectas, todas las naciones acuden de todos los confines del mundo.

Así, el pequeño ferrocarril palestino, que vomita su humo negro en el valle de los Terebintos y silba en las propias narices de la antigua torre de Tancredo, lanza cotidianamente una multitud abigarrada de peregrinos y de turistas sobre las llanuras de Belén. Otros, desdeñando ese sistema de locomoción tan moderno, desembarcan en Beyrouth y vienen a caballo, en mula o en borrico, a través de la verdeante Galilea y de Samaria la triste. Otros aún más pobres o más devotos, aldeanos rusos, popes búlgaros, viudas armenias — un samovar, un ícono, un bebé sobre las espaldas, el bordón en la mano — vienen caminando desde Jaffa, y, extenuados de fatiga y de éxtasis, caen de rodillas a la vista de las santas murallas.

Cuando se acerca el domingo de Ramos la afluencia de los peregrinos disminuye. Todos los que quieren pasar la Semana Santa en Jerusalén están allá. Una sola caravana no ha hecho su aparición aún: la caravana de las palmas.

Esta llega el sábado de Ramos, proveniente de los oasis de Jericó y de las riberas fértiles del Jordán. Y, al ver ese largo cortejo de camellos sobrecargados de palmas,

al verlos escalar balanceándose entre los vastos cementerios, y penetrar lentamente en las callejuelas tortuosas, se diría que son jardines ambulantes llevando a esa ciudad de piedras grises el homenaje de su resplandeciente verdor.

Al día siguiente, todo el mundo tiene su palma, todos su rama de olivo. Desde el alba, los unos se van hacia la aldea de Bethphaghe, donde Jesús encontró a la burra con su borriquillo; los otros, hacia la capilla de Pater Noster, situada en la cima del monte de los Olivos. Allí en todos los idiomas, y por falta de lugar, se levantan los altares portátiles en las afueras. Las banderas de la Virgen ondean al sol levante, y los fieles se arrodillan entre los crocos y los asfodelos.

La misa terminada, se vuelve a bajar a Jerusalem, agitando las palmas y cantando "hosannas". Después todos regresan al Santo Sepulcro, para asistir a la bendición de las palmas y participar en la fiesta de los Ramos.

Durante los días siguientes, el movimiento se hace más febril aún. Los cortejos más diversos se forman en las cuatro puertas de la ciudad; las procesiones de distintos ritos se cruzan en las calles, se miden con las miradas ante el umbral de los santuarios, se suceden delante de los mismos altares, rivalizando en fervor y en pompa. Se reza en todos los idiomas; se visten los trajes más variados, desde el manto gris que protege

EN LA FARMACIA FISCHEL

TELEFONO 4877

EXISTENCIA PERMANENTE DE PENICILINA,
SUEROS Y VACUNAS

Esmerado Despacho de Recetas. Servicio inmediato a domicilio. En la Farmacia Fischel siempre encuentra lo que busca.

contra el polvo, con la cruz roja, de los peregrinos franceses, hasta el faldellín blanco de los cipriotas, y desde la bombacha abullonada de los sirios a la levita de los tcherkesses, atestada de cartuchos y constelada de pañales.

Cascos de corcho, sombreros floreados, fieltros de plantadores y sombrillas de seda fraternizan con los feces de los "moukres" y los gorros peludos de los "mujiks". Y los pobres pañuelos polvorientos de las paisanas rusas, que encuadran a unos rostros tan humildes, contrastan extrañadamente con el garvín de oro de las mujeres de Belén, esas descendientes de los cruzados, que marchan, activas y esbeltas, dejando flotar detrás de ellas sus velos de vírgenes bíblicas.

Casi todos los peregrinos rusos aprovechan de esa tregua relativa entre las fiestas, para ir al Jordán y sumergirse en sus aguas. Algunos se ponen en camino a pie, como han venido, los pies envueltos en sus andrajos, y sus botas de siete leguas suspendidas de la cintura. Otros, los popes, bien encaramados sobre sus asnos, van sentados entre un paquete de cirios y un samovar.

El Viernes Santo, los comercios se cierran, las calles populosas quedan desiertas, y todas las campanas doblan el toque de agonía.

Bajo la dirección de un monje franciscano, los peregrinos franceses se desbandan por los ámbitos de la Iglesia del Santo Sepulcro.

Se comienza por las últimas escenas de la Pasión, en el Calvario; se prosigue por delante de las capillas de la Agonía, de los

Siete Dolores, delante de la losa de la Unción, para terminar, con una pompa y un esplendor magistrales, delante del edículo del mismo Santo Sepulcro. En cada estación, un monje poligloto monta sobre un escabel, una piedra, el zócalo de una columna, y arenga a la multitud en siete lenguas: italiano, francés, español, alemán, inglés, árabe y griego.

El domingo de Pascua, todas las campanas resuenan, todos los estandartes ondean al viento. Nubes de incienso empuñan la ciudad, y todos los peregrinos cantan al unísono: ¡El Cristo ha resucitado!

Jerusalén está de fiesta, ya que Pascua es una fiesta de todos; hasta de los árabes. Desde el amanecer; las calles se llenan de una multitud radiante de gozo. Palmas trenzadas adornan los frentes de los escaparates, en los que se apilan los huevos rojos historiados con las armas de Jerusalén. Pasteros ambulantes venden dulces pascuales; los aguateros se chocan con sus cubiletes, y, desde los altos ventanales, las mujeres árabes le asperjan a uno con agua de rosas.

Incesantemente suben y bajan procesiones del Gólgota. Apenas termina un oficio se da comienzo a otro.

Mañana será el día de la partida; mañana todo estará terminado. Y todos se apresuran y se constriñen a seguir orando. Todos quieren llenarse los ojos, penetrar el alma con las imágenes de piedad tan abundantes allí. Todos piensan sólo en una cosa: poder retener las maravillas que han visto, las cosas incomparables de la Ciudad Santa, en el cofre donde se atesoran los recuerdos...

Joyería MULLER

La más antigua y acreditada Joyería, donde encontrará Ud.: Relojes de las mejores marcas, joyería finísima y artística.

Preciosos regalos para navidad

SE VENDE

PLANTILLA DE HIERRO de 1,06 x 0,62 centímetros. Patitas de 12 centímetros de alto. Dos huecos, uno de 25 ctms. y el otro de 23 ctms. Condicionada para electricidad. Llame al 3707.

Lo que hace la Semana Santa

Nos sorprende en medio de nuestros extravíos, nos coge de la mano y nos hace retroceder diecinueve siglos. . . .

Nosotros decimos: "¿Quién eres?"

La Semana Santa nos contesta con la voz de nuestra conciencia:

"Yo soy una tradición inmortal"

La Pasión no ha concluído.

Los personajes del drama santo prevalecen

Caifás está todavía entre los hombres.

Pilatos se ha perpetuado.

Judas sigue vendiendo a su Maestro por

treinta monedas de plata.

La turba que pida la libertad de Barrabás queda todavía sobre la tierra.

La Pasión es la historia de la Especie humana.

El mundo es el Calvario de la verdad, de la justicia y de la virtud.

Pero así como la sangre del Cordero divino no se borrará jamás de la tierra, la verdad, la justicia y la virtud serán eternas.

Selgas

Señorita Emilia Brenes Jiménez

En la ciudad de Cartago ha sido profundamente sentido el fallecimiento de la señorita Emilia Brenes, acaecido el pasado mes de febrero después de larga enfermedad que sufrió con gran paciencia. Era muy piadosa y un verdadero Apóstol de las vocaciones sacerdotales; no había nada que le interesara más que ayudar a los jóvenes pobres para que siguieran la vocación sacerdotal ella buscaba con verdadera abnegación a quienes le ayudaran en su meritoria labor, pues comprendía muy bien que sin sacerdotes no pueden las almas santificarse pues sin

sacerdotes no hay Eucaristía y sin Eucaristía no hay vida espiritual que es la que nos conduce al cielo. Jesús, Buen Pastor debe haber premiado a Emilia por todo lo que hizo para bien de sus futuros sacerdotes; ya desde la tierra la premió dándole una muerte santa confortada con los Santos Sacramentos.

Damos nuestro más sentido pésame a sus hermanos, hermanas y demás miembros de la apreciable familia doliente. Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de Emilia.

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA UD. EN LA

Tienda de DON NARCISO

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Exámenes científicos de la vista

LENTE Y ANTEOJOS

DE TODOS LOS PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

COMPRE LOTERIA NACIONAL

Es la que ofrece más probabilidades de obtener premios de sumas considerables. Además, si se es patriota, debemos apoyarla, pues su producto es para sostener los gastos aumentar las comodidades y poner nuestro Hospital San Juan de Dios cada día en mejores condiciones para servir a los costarricenses.

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica